

Se admiten a real por línea los primeros, y a los reales últimos.  
Los suscriptores reciben GRATIS la colección completa de órdenes y decretos del gobierno.  
Se darán también SUPLEMENTOS gratis siempre que sea necesario.  
Las oficinas del HERALDO están situadas en la calle de San Miguel núm. 23.

# EL HERALDO.

PERIODICO POLITICO, RELIGIOSO, LITERARIO E INDUSTRIAL.

NUM. 457.—VIERNES

Puntos de suscripción.

Véase al fin del número.  
En Madrid 12 rs. vn. al mes.  
En las Provincias, y en el Extranjero 20 rs. mensuales, y 60 por trimestre, franco de porte.  
En Ultramar 24 rs. mensuales y 70 por trimestre, también franco.  
Este periódico sale todas las mañanas y todas las tardes menos los lunes.

## PARTE POLITICA.

### CORTES.

#### SENADO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ONIS.

Sesion del día 7 de diciembre.

Abierta a las dos menos cinco minutos, se leyó el acta de la sesión anterior, y fue aprobada.  
El Senado quedó enterado de un oficio del Sr. D. Ramón Narváez, en que decía, que habiendo sido honrado por S. M. con la gran cruz de Carlos III, la renunciaba por no quedar sujeto a reelección.  
El Sr. Presidente anunció haber puesto en manos de S. M., acompañado de dos secretarios, las dos leyes aprobadas por el Senado, relativa la primera a la autorización concedida al gobierno para continuar cobrando las contribuciones, y la segunda al reemplazo de 25,000 hombres para el ejército.

ELECCION DE CUARTO SECRETARIO.

Se procedió al nombramiento de 4.º secretario, en reemplazo del Sr. marques de Peñalflorida, y fue elegido el Sr. D. Joaquín Aldamar por 47 votos, habiendo obtenido el Sr. Acebal y Arraiz, 3 el Sr. marques de Falces, 2 el Sr. Perez y 4 el Sr. Santaella.

DISCUSION DEL PROYECTO DE LEY ELECTORAL DE AYUNTAMIENTOS.

El Sr. SANTAELLA (en pro del art. 2.º) contestó al discurso pronunciado ayer por el Sr. Camaleño, manifestando que las tres bases en que se apoyó para oponerse al articulo de todo punto infundadas, y no merecían el valor que le habia dado S. S.

Dijo que el principio sostenido por dicho señor de que se determinase que todos los ciudadanos tengan derecho a intervenir en las elecciones de los ayuntamientos, es en extremo peligroso y nos llevaria indudablemente a fatales consecuencias. Que no es cierto como quiso suponer ayer S. S. que se despoja a los pueblos del derecho electoral que han tenido siempre, porque nunca le han gozado tan amplio y tan extenso como el que ahora se les concede a excepción del que se establece en el código fundamental de 1812, que muy conveniente en aquellas circunstancias, seria perjudicialísimo en el día. Por último, que tambien es falso que se restringa ese derecho por el actual proyecto, porque lejos de eso se deja mas lato que lo estaba en los tiempos que se quieren citar como testimonio de la libertad que disfrutaban las municipalidades, en los tiempos de las comunidades de Castilla, en que los Padillas, los Bravos, y los Maldonados eran nobles y disfrutaban del privilegio de nombrar y elegir los oficios del ayuntamiento.

El Sr. CAMPUZANO suplico a la comision tuviese a bien declarar si los principios y doctrinas que envuelve el actual proyecto de ley provisional, así como la forma en que está redactado servirán de norma para la ley que despues deba darse sin ese carácter transitorio.

El Sr. ROMO y GAMBOA contestó a S. S. que la comision al admitir este proyecto en su totalidad no prejulgaba de modo alguno las cuestiones que deben suscitarse sobre la ley de ayuntamientos, que en breve ha de discutirse. Que convenia del apuro y del conflicto en que el gobierno se encontraba, estando tan próximas las elecciones de ayuntamientos, se apresuró a sacarle de él, adoptando este proyecto que en su opinion, aprobado totalmente al declararse que habia lugar a deliberar por artículos, se habia reconocido su necesidad, se habia convalidado el Senado con sus bases principales y no le parecia oportuno que se discutiese con la detencion que algunos pretendian.

Se declaró el punto suficientemente discutido y fue aprobado el artículo, siéndolo sin discusión el 3.º, 4.º y 5.º.  
Leído el 6.º lo fue tambien, añadiéndose las palabras: "y los individuos de la academia de ciencias naturales," propuestas por el Sr. Alcoriza.

Fue asimismo aprobado sin discusión el 7.º volviendo a la comision su párrafo 4.º a petición del Sr. Tarancón.

El Sr. Presidente suspendió esta discusión.

Se hizo segunda lectura del proyecto de mensaje que ha de dirigirse al Senado a S. M. con motivo de lo ocurrido en Palacio la noche del 28 del mes próximo pasado.

El Sr. Presidente dijo que mañana no habria sesion, y levantó la de hoy siendo las cuatro y media.

#### CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR PIDAL.

Sesion del día 7 de diciembre.

Se abre a la una menos cuarto con la lectura y aprobación del acta de ayer.

La concurrencia es igual a la de los días anteriores.

EXPEDIENTE.

El Congreso oye con agrado una felicitación de un ayuntamiento de Vizcaya por la declaración de la mayoría de S. M.

Queda enterado el Congreso de los nombramientos y trabajos de que se ocuparon ayer las secciones.

ACUSACION CONTRA EL SEÑOR OLOZAGA.

Se lee el siguiente proyecto de acusación que firman los Sres. Posada, Sabater, Moron, F. Negrete, S. Toscano, Salido, Pastor Diaz.

"Los que suscriben no seríamos leales para con nuestra Reina y nuestra patria, si despues de leida en el Congreso el acta de declaración de S. M. no usáramos contra el señor Olozaga, ministro exonerado, el derecho que nos concede el párrafo 4.º del art. 40 de la Constitución, acusándole como reo de abuso de confianza, de desacato y coacción a la persona de S. M. Por lo tanto, pedimos al Congreso declare que ha lugar a la acusación."

El Sr. POSADA: Señores, nunca he sentido tanto embarazo, nunca he tenido tanta dificultad para expresarme. Yo deseaba ardientemente oír de boca del Sr. Olozaga esplicaciones suficientes para convencernos que no debia llevarse adelante el asunto que ocupa hace días al Congreso y al país todo; pero en lugar de disculpas he encontrado diatribas contra los partidos, esplicaciones ajenas de este lugar y declaraciones ajenas de estos tiempos y de estas circunstancias. Despues del Sr. Olozaga habló el Sr. Madoz en su defensa, y dijo que se queria atacar en masa a un partido y que se le queria poner fuera de la ley. Despues habló el Sr. Cortina, refirió la historia de su vida política, aunque tomándola no tan atras como debiera. Ensanóse S. S. contra un partido cuyos hechos estan consignados en la historia. Yo tengo, antes de fundar el proyecto de acusación, que constatar algunos de los cargos hechos por estos señores, para entrar luego mas desembarazado en la cuestion.

Dijo el Sr. Olozaga en tono de amenaza y poniendo en alarma al país, que existia una conspiración que tenia grandes ramificaciones en España, para elevar al trono de esta nación al hijo de D. Carlos casándole con Doña Isabel II. Necesario es que todos los que nos hallamos en este sitio nos sinceremos, no digo sinceremos, que rechazamos ese aserto en la parte que a nosotros pudiera dirigirse, y relamos al Sr. Olozaga a que si tiene pruebas legales contra algun partido de los que están representados en el parlamento, las auzda. Lo único que hay de esto, segun tengo entendido, es que alguna corte extranjera ha pasado notas relativas a ese pensamiento; notas que no han sido acogidas por los otros gabinetes extranjeros y mucho menos por el gabinete español. Así, pues, hablando de este asunto lo que ha hecho el Sr. Olozaga ha sido empeorar su causa. El partido de don Carlos solo puede triunfar de dos maneras: ó insultando a nuestra Reina, ó provocando revoluciones que prepararán la anarquía. Consideren ahora los señores diputados quienes son los que adoptan semejantes medios, de quienes deben temerse. En algunos periódicos se ha dicho que los españoles se iban cansando del trono de Isabel II, y que iban preparando el triunfo de D. Carlos; y esto es lo que han sacado por consecuencia de los sucesos de la noche del 28 del mes pasado en Palacio segun el acta solemne leida al Congreso; esta es la consecuencia, repito, que han sacado los amigos de D. Carlos.

Tampoco exi.t, señores, en este parlamento un partido que quiera reacciones, y esta es otra calumnia que se ha levantado para alarmar los ánimos, para cegar los ojos del país y que no viera claro en los acontecimientos de Palacio. Si hay reaccion, ¿dónde estan las pruebas? No sabe el Sr. Olozaga que los que pertenecen a este partido a quien pretende aludir, si antes tenían ciertos deseos, renunciaron a ellos como caballeros en cierto día? No recuerda que se unieron y juraron marchar unidos a los que hasta entonces habian sido sus adversarios, para mejorar así la situación del país? Cuando esto es así, y cuando se habla de reacciones, ¿no prueba que a falta de buenos medios de defensa se apele a otros ilegítimos? Recuerde el Congreso lo que el partido moderado decia al país en su programa con motivo a elecciones. (Lee dos párrafos de dicho documento.) Y se dirá que son apóstatas los hombres que piensan hoy, y que quieren hoy lo mismo que el día que se unieron a sus adversarios, ó serían mas bien apóstatas los que han olvidado ya lo que entonces juraron? ¿Los que quieren traer la cuestion al terreno de los hechos y luchar brazo a brazo con aquellos a quienes antes se unieron? ¿Los que abandonan la coalición y quieren dividir a la nación en dos bandos para que se de-

pedacen sin fruto provechoso para el país? Señores, todos los partidos caben dentro de la ley, todos pueden sostener sus doctrinas, pero háganlo con templanza y decoro. En este país tan combatido de revueltas y lleno de ruinas, no hay nada estable, nada firme sino el trono que ha salido libre de tantas tormentas y peligros; y los que intenten menguar su brillo, esos serán los traidores y los enemigos de la libertad de su patria. Nosotros no hemos arrojado al rostro de ningún partido el hecho que acaeció en el Palacio segun el acta en la noche del 28 del pasado mes.

Nosotros decimos que este hecho es de un hombre aislado sin que para nada entre en ello un partido. Nunca, nadie creyó que un partido en masa podia haber cometido semejante hecho. Lo chocante es, que un partido que desconfiaba de ese hombre hasta de las cosas mas pequeñas que ocurrían en palacio há poco tiempo, cuando sucede un hecho tan lamentable para los hombres que aman las instituciones y el trono, entonces el partido que antes aborrecía a ese hombre, le acoge en su seno y se declara su defensor. Yo creo lo que decia el otro día el Sr. Madoz, que el partido progresista es monárquico, pero creo tambien que ciertos instintos antimonárquicos se revelan en ese mismo partido al abrazar una causa que no era suya sino de un hombre. No se trataba de un hecho inocente que todos tienen derecho a defender; tratabase de un hecho no dudoso, fuera de juicio, para mí evidente, en el cual por consiguiente no debia ningún partido mostrarse contrario a la corona por manifestarse favorable a ningún hombre, por grande que fuese.

No se ha escogido al Sr. Olozaga para sacrificar como se ha dicho al partido progresista, porque los que hoy dicen eso, no hace 10 días que desechaban de su comunión al señor Olozaga. ¿Por qué mudanza tan repentina? ¿Dónde estan las causas de esto? No, señores, al menos por mi parte, no deseamos el triunfo esclusivo de las doctrinas de ningún partido. Deseamos una transacción en lo posible, ni renunciar por eso de una manera vergonzosa cada uno a las doctrinas que profesa. Los que valiéndose de ciertos nombres denigrantes, quieren poner en duda la probidad de los que defienden ciertas doctrinas, estos se valea de malas armas para defender su causa. Yo protesto que jamás he sido hombre esclusivista de partido: he tenido mis creencias propias, y con arreglo a ellas he obrado siempre; cuando encontraba en mi camino a un partido, le seguia hasta que se separaba de él; por eso podrá parecer a alguno que en mi vida pública hay contradicción. Yo no he querido nunca tres cosas, sobre todo: Primera, poner el gobierno en manos del poder militar, y por eso voté la regencia trina. Segunda, ponerle en poder de la anarquía, y por eso di mi apoyo al gobierno que se presentó en cierta crisis. Tercera, no he querido reacciones y por eso voté en favor de la tutela de Doña María Cristina de Borbón, y voté contra el cuatro por ciento.

A esto he arreglado mi conducta: si yo creyera que los señores a quienes me he unido abrigaran la mejor idea de reaccion ó trataran de destruir la obra de las revoluciones pasadas, ó que se querían atacar los principios sagrados de la Constitución del Estado, me volveria contra ellos y les haria cruda guerra, como estoy resuelto a hacerla a todo lo que sea contrario a mis principios.

Podiera creerse tal vez que la acusación que ahora voy a apoyar es un arma de partido, es el resultado de intrigas, que detesto como el que mas; y antes de consignar los hechos solemnes en que se apoya, he querido probar que no queremos que vuelva al país el hijo de D. Carlos, ni reacciones, ni declarar a ningún partido fuera de la ley, sino una transacción prudente y posible entre los extremos de todos los partidos.

Presentábanos ayer, ó antes de ayer, el Sr. Cortina los grandes servicios que S. S. habia hecho en favor de la coalición, y que de ninguna manera le niego, si bien he sufrido encontrar alguna diferencia entre los principios de S. S., entre lo que su corazón manifiesta en sus conversaciones públicas y privadas, y en lo que despues en la práctica y de las votaciones resulta. Yo creo que el Sr. Cortina ha profesado, a veces y en ciertos puntos, opiniones sumamente templadas, ideas de acercar los partidos a una coalición. S. S. habló el otro día de los grandes servicios que habia prestado al partido moderado, proponiendo que algunos de sus individuos volvieran a los puestos que dignamente ocupaban antes del 1.º de setiembre. De sentir es que en una época de reparación no hubiese procurado que fuera completa, volviendo a sus cargos a algunos dignos magistrados del tribunal supremo de Justicia.

Mas el Sr. Cortina, que tan propicio se muestra a la coalición, indicó los motivos por que esta coalición fue rota. Yo haré un análisis de todo lo dicho por S. S. para que juzgue el país de parte de quien está la razón. Paso por alto una reunión de varios diputados en casa de uno que no lo era, reunión a que asistieron pocos, y no fue sino puramente familiar; pero vengamos al cargo que mas me interesa contestar, y es aquel en que se refirió S. S. al llamado centro.

Señores, la opinion de que se formara un partido que conciliara los extremos, es un pensamiento tan profundo en mí, que conocí la necesidad desde la primera vez que tuve la honra de sentarme en estos escaños. Reduciese mi pensamiento a que nos uniéramos diez ó doce diputados, sin pretension ninguna, sin aspirar a nada, y profesando tal con-

formidad de principios, que fuera posible continuar constantemente unidos.

Contra mis deseos, al abrirse estas Cortes, hallé tan generalizada esta idea, que en la primera reunión que tuvo este centro nos encontramos cerca de 40 diputados. No podíamos retroceder, porque estábamos conformes en ideas; no abrigábamos ningún odio de partido ni aspirábamos a nada. Yo, señores, no quiero que se confunda lo que ahora se llama coalición de los partidos, con lo que en otro tiempo ha llevado su mismo nombre; y lo he combatido siempre. Creo, que cuando los partidos se unen para combatir un poder, no se modifica en sus principios; no sufren alteración sus creencias, y en vez de bienes pueden producir graves males; por lo cual he creído siempre que las coaliciones de esa clase desvirtúan el gobierno representativo.

Por esta misma palabra se designa lo que mas propiamente puede llamarse pasión de partidos, despues de una disolución como la que acaban de sufrir los partidos moderado y progresista. Esta fusión consiste en que ambos se reúnen para preparar un gobierno firme y estable que haga la felicidad de la patria. En esto no hay inconveniente de ninguna especie: los partidos tienen en España muchos principios comunes, y natural es, que deponiendo antiguos odios, se reúnan para realizar esos principios, que creen todos pueden hacer la fortuna de la nación.

Pero habia ademas otra circunstancia reconocida por los Sres. Olozaga y Cortina, y que los partidos moderado y progresista no se hallaban ya separados, en realidad, por sus ideas políticas, sino por la pasión ó templanza con que cada cual profesaba las suyas, y esta es la verdad. Progresistas y moderados han caminado siempre al mismo fin, unos mas aprisa que otros: creían los progresistas que las reformas debían hacerse pronto y repentinamente, y los moderados, que debían hacerse poco a poco. El hecho es que los moderados acogen las reformas ya realizadas, y los progresistas deben conocer que no se puede ir ya mas adelante. ¿A qué, pues, ha de continuar la división de los partidos? ¿Por qué nos hemos de negar a que se den todos los pasos para que la reorganización llegue a verificarse?

Dijo el Sr. Cortina, que cuando un partido reconocia como bueno lo que otro podia haber hecho con arreglo a sus principios, renunciaba a lo que antes habia profesado. Ya habia manifestado el Sr. Pidal, que el partido moderado estaba pronto a aprobar una ley de ayuntamientos; tal como la habia presentado la oposición en 1840. Infería de aquí el Sr. Cortina que el partido moderado renunciaba a sus principios. No veo yo la exactitud de este aserto; lo que veo es, que prefiere la ley propuesta por los progresistas a la que en el día existe, hasta que la discusión futura acredite lo que mas convenga. Al hacerse este género de transacción, ningún partido se degrada, ni puede llamarse transigía, pues, en tal sentido, todos debemos ser transigías, porque todos debemos admitir lo menos malo en comparación de lo malo, siempre que no podamos llegar a lo bueno.

Vea, pues, el Sr. Cortina cómo no tenia S. S. por qué admirarse de la formación del partido centralista, ni podía considerar la coalición rota porque el Sr. Sartorius explicase en este sitio a su modo la soberanía nacional, ni porque otro Sr. diputado hablara en las sesiones de la devolución de los bienes del clero; pues las opiniones mas ó menos exageradas de una persona no representan las del partido a que pertenecen. Con la misma razón podríamos tachar nosotros al partido progresista de republicano y de desacato al trono, porque algunos de los individuos que a ese partido corresponden profesan esas doctrinas.

Es pues, evidente, señores, que los motivos que supone el Sr. Cortina para considerar rota la coalición, no existen. Yo creo que esta coalición es necesaria, y que sin ella no habrá sino lucha eterna de los partidos, y revoluciones y trastornos para el país; y la triste experiencia de la impotencia del gobierno representativo. Creo que los partidos necesitan pasar por transacciones sucesivas, pues tal es el orden de las cosas así en el mundo moral como en el mundo físico. Si consideramos el estado actual del derecho público constitucional, hallaremos que no es solo una serie de transacciones.

El estatuto real es una transacción entre el absolutismo y las opiniones liberales: la Constitución de 1837 es una transacción entre el estatuto y la Constitución del año 12: el siglo actual es una transacción entre el siglo pasado y el anterior. Hay notable diferencia entre las teorías que aprende el hombre estudioso en su gabinete y las doctrinas prácticas de gobierno; y esta diferencia entre la teoría y la práctica se observa lo mismo en las ciencias exactas que en las morales.

Sentados, señores, estos precedentes, reducidos a que no queremos la venida del hijo de D. Carlos, ni reacciones, ni poner fuera de la ley a ningún partido, sino una transacción prudente entre los extremos de los partidos: apartadas estas prevenciones de los que defendemos la verdad de lo dicho por S. M., paso a ocuparme de la acusación, que es el objeto que me ha obligado a tomar la palabra.

Esta es, señores, la parte mas sensible de mi discurso: hasta ahora habia en general de los partidos, y ahora tengo que descender a hablar de las personas, y de una que me merece la mas alta consideración y a que siempre he mostrado la mayor deferencia, sintiéndose que se haya separado de aquellos bancos que ocupaba de un modo honroso y distin-

que hubiera arriesgado mil vidas para sacarlo de allí. Y lo hubiera sacado, Mr. Alfredo, si lo hubiera sacado, ó hubiera perecido con él... lo que solo hubiera sido, pagar la deuda de mi familia a la suya; porque hace sesenta años que los Saint-Chaumont son nuestros bienhechores.

Su voz era tan abogada al pronunciar estas palabras, que el pobre hombre se vió obligado a detenerse, cogió con avidez el jarro de cidra, se vertió un vaso que bebió con una especie de frenesí, y luego enjugándose la boca con el reverso de la mano, tomó su pipa, aspiró algunas fumadas en silencio como para tomarse tiempo para dominar su emoción.

—Y el otro?... preguntó al fin Duclerc, haciendo un esfuerzo.

—El otro, continuó Lambert, hizo mas de lo que debia esperarse de un joven afeinado como él, porque ya sabeis que es tan débil y delicado como una señorita... Se arrojó a su amigo y estuvo en el mayor peligro de perecer con él. Afortunadamente sus gritos habian atraído varios trabajadores de la quinta, que estaban componiendo los vallados a alguna distancia: mi madre, que tambien se encontraba casualmente cerca de allí recogiendo yerbas medicinales, acudió con los trabajadores: pero cuando llegaron, Mr. de Saint-Chaumont habia completamente desaparecido y Grandchamp luchaba en el hornaguero del que costó mucho trabajo sacarlo, y lo trasportaron al palacio en el estado mas alarmante. Parece que este acontecimiento produjo en él un efecto inolvidable, porque desde entonces tiene un fondo de melancolía y de debilidad que nada puede vencer, ni aun la dicha de tener una mujer encantadora, que le ha traído en dote, un magnífico estado y un lindo hijo que promete ya ser un día tan amable como su difunto tío.

Alfredo se agitaba como si lo persiguiera un pensamiento que se presentaba a cada instante a su imaginación bajo mil formas distintas.

—Y ha sido por ese acto de humanidad, del que cualquiera otra persona hubiera sido capaz, exclamó con cólera, por esa débil é inútil demostración de adhesión, por lo que ha merecido esa felicidad que era la esperanza de mi vida! Lambert, no me hubieran sacado vivo del abismo que hubiera tragado a Gustavo!

—Es menester no ir tan lejos, Mr. Alfredo, y no realizar ni denigrar demasiado una acción semejante. Sin duda no crea-

estos pormenores por mi madre, que fue llamada aquel día para atender a la señorita que estaba en un estado lastimoso.

Alfredo lanzó un suspiro y Dionisio continuó:

—Iba diciendo que un mes despues de esta aventura, volvia yo una tarde del estanque verde donde habia ido a hacer una provision de cañas y seguia un sendero a lo largo de la calzada, cuando oí de repente, al otro lado del vallado, la voz de Mr. Gustavo; estaba hablando con otra persona que supuse seria Mr. Grandchamp, porque no habia otra a la sazón en l'Oserai.

No queria escuchar su conversación, pero ya sabeis cómo hablaba nuestro amo cuando se exaltaba; en este momento se hubiera oido su voz a la distancia de un tiro de fusil. "¡T! ¡T! ¡T! repito, Carlos, exclamó con calor, no puedo, a lo menos por algun tiempo, escuchar semejantes proyectos... Si es menester decirte la verdad, mi hermana, aunque te estima, me parece dispuesta a darte su mano; ademas tú sabes que está comprometida con otro." Le interrumpieron, pero en un tono tan bajo, que no pude entender una palabra. "Es posible, continuó el amo, pero este triste acontecimiento puede no ser cierto, y tengo mis dudas... Los periódicos anuncian tantos hechos falsos que se desientan al día siguiente! La familia Duclerc, me han dicho, que aun no ha perdido las esperanzas. En fin, Carlos, si quieres que quedemos amigos, no me vuelvas a hablar sobre el particular, porque te declaro que aunque lograses hacer olvidar a Adelaida sus antiguos compromisos, me opondría con todo mi poder a que este casamiento se efectuase."

Otra vez contestaron, pero siempre en voz baja, y ademias los dos jóvenes estaban demasiado lejos de mí para que me fuese posible oír nada mas. —Si he recordado esta circunstancia indiferente por si misma, ha sido, Mr. Alfredo, por haber creído que para vos tendria mas interés que para nadie. —Si, si, tenéis razón, Dionisio, dijo Duclerc conmovido, esas palabras, que el azar os ha hecho escuchar, son muy precisas para mi corazón; ellas me manifiestan que la cía bien en contar con la palabra de mi desgraciado amigo, y que mi rival ha debido emplear alguna astucia culpable...

—No os anticipéis a acusarlo, ya os he dicho que jamás me habia gustado mucho por su carácter orgulloso y altanero; pero es menester convenir en que se condujo dignamente en la horrible catástrofe en que pereció el joven Saint-Chau-

mond; nadie duda de esto; todos saben, que por salvarlo espuso su vida, y esta alhesion fue la que decidió a nuestra señorita a darle su mano.

Duclerc bajó la cabeza y esperó con un aire sombrío a que Dionisio le explicase sus últimas palabras.

—Demasiado bien conocéis el país, continuó el arrendador, para no haber encontrado al cazar en nuestros pantanos algunos de esos pozos que llamamos hornagueros; fórmanse en su superficie una especie de costra que pronto se cubre de yerba fina y espesa, y es imposible conocer a la vista estos lugares peligrosos. Tenemos en las cercanías muchos de estos terribles parajes, y aunque son conocidos por casi todos los habitantes, que los evitan con cuidado, apenas se pasa un año sin que se traguen algunas victimas.

Pocos días despues de la conversación que habia oído a pesar mio, los señores del palacio fueron a cazar al pantano de Saint-Euve, a media legua de aquí. Yo estaba entonces en la feria de Montdidier, y en consecuencia solo sé lo que pasó por oídas; lo cierto es, que los dos jóvenes fueron a Saint-Euve a tirar gallinetas cuyo paso empezaba entonces. Este pantano está lleno de hornagueros que todos conocen. Lo que yo no puedo comprender es, cómo M. de Saint-Chaumont, cuya ocupación principal era la caza, pudo olvidarlo. Es de creer que una larga caminata a traves de los espesos cañaverales que rodean el lago y cuya altura es de mas de cinco pies, le impidió orientarse y reconocer el peligro; como quiera que sea, acababa de matar una gallineta y se adelantaba para mostrarla a su perro, cuando de repente sintió undirse el terreno.

Sin duda el pobre joven comprendió el peligro, y su presencia de ánimo no le abandonó; dejó su escopeta y se agarró al caer a una mata de junco que crecia en el borde del hornaguero. Desgraciadamente no estaba sujeta en terreno sólido, y sus raices no pudieron soportar el peso de su cuerpo. Sin embargo, tuvo tiempo de llamar en su auxilio a su amigo que estaba a corta distancia. Grandchamp vino en su ayuda, pero al llegar, los junco se rompieron y Gustavo desapareció lanzando un grito de desesperación.

—¡Ah! estoy seguro, continuó Lambert, con esa especie de cólera que entre las gentes groseras es el indicio de una gran aflicción, si lo juraría por todos los santos del cielo, que si ese pobre joven ha tenido algun pensamiento, cuando se hundia en el abismo, ha sido para su pobre Dionisio,

## COLLETTIN.

Susana Lambert, ó la Buena Mujer (1).

CONTINUACION DEL CAPITULO I.

El labrador se aseguró de que su pipa estaba bien encendida; apoyó sus codos en la mesa, se inclinó hacia su huésped, que se disponia a escucharle con atención, y dijo en un tono confidencial:

—Ya sabeis, mi buen Mr. Alfredo, que despues de vuestra partida, Mr. Grandchamp volvió a l'Oserai mas a menudo que antes, tanto que apenas salia de allí mientras estaban Mr. Gustavo y su hermana, y he oído decir que en Amons, donde iban a pasar el invierno, no era menos importante. Ignoro si su asiduidad era bien recibida por la señorita; pero siempre que se veían en mi presencia, aquí ó en el palacio, me parecia que trataba a Grandchamp ni mas ni menos como cuando estábamos en l'Oserai; apenas se apercebía de su presencia, y todo hacia creer que no le profesaba ni afecto ni odio. En cuanto a Mr. Gustavo era otra cosa; no dire precisamente que ponía mala cara a su amigo, pero estoy seguro de que tenía con él discusiones bastante acaloradas, a pesar de su aparente intimidad; una vez fui testigo de una, por mera casualidad, y voy a referirla.

En el otoño de 1831, hace tres años, se acababa de recibir la noticia de vuestra muerte y os podeis vanagloriar, Mr. Alfredo, de haber sido muy sentido por vuestros amigos de l'Oserai. La señorita se desmayó al leer un día esta noticia en un periódico, y Mr. Gustavo se arrancaba los cabellos de desesperación. Tambien debí convenir que Mr. Grandchamp tuvo el aire triste y afectado; pero Dios sabe si la aflicción que manifestaba era solo hipocresía. Tengo todos

(1) Esta novela empezó a publicarse en el HERALDO de E. de diciembre.



guido para S. S. y para el país. Pero tengo que cumplir este triste deber, y voy a hacerlo.

Necesito examinar los antecedentes del Sr. Olózaga en el parlamento, en el Palacio y en el gobierno, para descender luego al asunto principal.

Entró el Sr. Olózaga en el Palacio de ayo de S. M. por disposición del gobierno provisional de la nación. Nos aseguró S. S. días pasados que iba a ejercer allí una vigilancia política en contra de las influencias que por otra parte podían emplearse cerca del ánimo de S. M.; y me admira como después de haber asegurado este hecho, después de haber ejercido el Sr. Olózaga una influencia tan grande y absoluta, nos viene después hablando de camarillas y de otros hechos completamente desconocidos en el país. Yo creía, señores, y conmigo todo Madrid, que mientras el Sr. Olózaga asistió al Palacio de la Reina como ayo de S. M. y como ministro influyó de una manera casi decisiva en todos los negocios que allí se ventilaban.

Se abrieron las Cortes y se trató de nombrar presidente: saben los señores diputados que el partido que anteriormente se llamaba moderado, proponía para este cargo al Sr. Olózaga; y que el progresista proponía al Sr. Cortina. Se trató en el salón de conferencias de que se haría lo que la mayoría resolviera; decidió esta que se nombrara al Sr. Olózaga; yo cumplí mi promesa prestandole mi voto; rechazaron de una manera estrepitosa los que se llamaban entonces progresistas. Acogido el Sr. Olózaga como tabla de salvación para regularizar un plan de gobierno por los señores que habían pertenecido al partido moderado, ocupó la silla de la presidencia. Por esta razón, y por indicaciones de los individuos del gobierno provisional, fue llamado el Sr. Olózaga para formar el ministerio. Dijo S. S. el día anterior, que aceptó este cargo solo por indicación de sus amigos, lo cual es inexacto. La derecha y el centro le ofrecieron un apoyo firme y desinteresado, sin exigir nada para sus individuos; al principio se le indicó que formara un ministerio de coalición, si era posible; luego que lo formara de progresistas templados, de hombres que ofrecieran alguna garantía de orden; y por último nada, sino que gobernara al país con las personas que eligiese para formar el ministerio. Tal fue la conducta del parlamento con el Sr. Olózaga.

Acordado después el triste suceso que presencié Madrid, y de aquellos bancos salió una interpelación contra el ministerio; nosotros los defendimos; y de aquellos bancos no se alzó una voz en su defensa.

Se trató después de nombrar presidente; pasamos el señor Roca de Togores, el Sr. Nocedal y mi humilde persona a casa del Sr. Olózaga, le preguntamos qué presidente quería que se nombrara, y no pudimos obtener una contestación franca, solo oímos de su boca evasivas, por lo que nos retiramos poco satisfechos, aunque S. S. crea otra cosa. Nos hallábamos, pues, en el caso de tomar partido, y aun después de haber acordado solemnemente nombrar presidente al Sr. Mon, elegimos al Sr. Pidal para que entrase en la vicepresidencia el Sr. Quinto. Debo decir que nos sorprendió sobrenaturalmente ver que la izquierda votaba por candidato al Sr. López, de lo cual nada se nos había dicho: nosotros creíamos con fundamento que su candidato sería el Sr. Cortina como en los días anteriores; y sino se presentó como jefe en esa batalla no es nuestra la culpa; como tampoco lo fue que S. S. resolviese romper las hostilidades volviéndose a las filas estrechas del partido progresista, cuando la mayoría del Congreso demostraba que tenía deseos de llevar a cabo con firmeza y energía el pensamiento de la coalición.

Como correspondió al Sr. Olózaga la conducta que el parlamento observó con S. S. Preparando un decreto de disolución, teniendo en el bolsillo como un puñal, y amenazando de continuo al parlamento del modo más fuerte que puede amenazarse a un Congreso de diputados; y eso que las hostilidades no se habían roto, ni había probabilidades de que se rompieran, aun cuando tal vez podía haber dado motivos a ello la elección que hizo el Sr. Olózaga para ministro de la Gobernación en un individuo, que como alcalde del ayuntamiento de Madrid, se había declarado en sesión permanente contra el gobierno que le había nombrado; dividido que mostraba antipatía al pensamiento de la coalición dominante en el Congreso y en el Senado. A pesar de estas consideraciones, resueltos estábamos a apoyar al señor Olózaga, siempre que quisiera gobernar, mantener el orden dentro del país, y dedicarse a la formación de leyes orgánicas; cimentando la administración, no según nuestra voluntad, sino como a S. S. le pareciese conveniente.

Vamos, ahora, la conducta del Sr. Olózaga en Palacio. Saben los señores diputados que la voz pública hablaba de desacatos cometidos en la persona de S. M., y de que por las personas que la rodeaban no se guardaban las consideraciones debidas a su alto puesto.

Esto no lo decíamos nosotros sino los que ahora miran en el Sr. Olózaga al hombre salvador del país, los que aspiran a defenderle contra una Reina inocente. Cuando esto decía la voz pública, merecimos el alto honor de ser llamados a una comida, que dió S. M. a algunos de los diputados aquí presentes. Debo decir, bajo mi responsabilidad, que asistiendo a aquella comida no vi en el Sr. Olózaga toda la mesura, toda la cortesía que era de esperar, y no creo que ninguno de los diputados que allí asistieron pueda desmentir un hecho que yo presencié y estoy en el caso de juzgar; me parece que ciertas cosas no son permitidas en cierto género de sociedades, y que el Sr. Olózaga se permitía cosas, que yo no me hubiera permitido, no digo con una Reina, sino con una persona de mediana esfera en una sociedad también mediana... He creído conveniente citar este hecho sin ánimo de agriar la cuestión, y si solo para demostrar que no sin causa se alarmaban algunos por lo que dentro del Palacio de S. M. ocurría.

Entremos ahora a examinar la parte que al gobierno corresponde. Tres actos notables hemos visto del ministerio Olózaga mientras rigió las riendas del Estado. No hablaré de la suspensión de las elecciones de ayuntamientos, bien calificada por el Sr. Cortina, porque hubiera sido preferible que hubiera pasado por los cuerpos colegisladores; mas el Sr. Olózaga adujo sus deseos y los puso en práctica. Tampoco hablaré de la resistencia del Sr. Olózaga a que continuasen desarmadas las milicias de algunas capitales, siendo necesaria esta medida para mostrarle reconocida a los esfuerzos de Grandchamp, la señorita de Saint-Chaumont hubiera dado su mano y su fortuna al amigo de su hermano, pero también es verdad que muchos hombres no hubieran, desgraciadamente, osado hacer lo que Grandchamp, y yo mismo me pregunté a veces cómo pudo decidirse a manchar sus lindos vestidos en el hornaguero... Como quiera que sea, el casamiento se hizo fuera de aquí y como os he dicho casi sin saberlo nadie.

Dos días después del accidente, un anciano llegó en una silla de posta; era el caballero de Saint-Chaumont, tío paterno y tutor de la señorita Adelaida. Se llevó consigo esa amable joven a París para distraerla de sus pesares, y tan luego como M. Grandchamp, que quedó enfermo en el palacio se restableció, fue a reunirse con ellos. No vimos a nadie en mucho tiempo y l'Oserei quedó como abandonado. Juzgado, pues, de nuestra admiración cuando supimos hace un año que M. Grandchamp acababa de casarse con la señorita. Nadie quería creerlo aquí y todavía se dudaba de la realidad de este casamiento, cuando hace dos meses vimos llegar de repente al marido y a la mujer con un hijo recién nacido.

Alfredo permaneció algunos instantes sombrío y pensativo.

—Comprendo, dijo al fin, por qué medios ese hombre ha conseguido hacer olvidar a la señorita de Saint-Chaumont sus sagrados juramentos. Sé que es obstinado, astuto, paciente, ha hecho valer con habilidad las ventajas que le daba un solo instante de valor... Quizás habrá cautivado las buenas gracias de un tutor, imbécil, impaciente de desembarazarse de la responsabilidad que pesaba sobre él. Quien sabe! quizás habrá empleado con una joven débil y tímida las representaciones, las instancias; quizás le han repetido cien veces que aquel con quien estaba comprometida no volvería jamás... habladme con franqueza, Lambert, continuó Alfredo; vos debéis visitar algunas veces a vuestros amigos y habréis podido conocer el grado de afecto que existe entre los dos esposos; por piedad, decidme la verdad; y creéis que sean felices? —Si puede consolaros saber que no todo se muestra risueño para el que no ha soplado la dama, no os ocultare que la suerte de nuestro amo no me parece digna de envidia. Desde luego su salud es mala; está triste, sombrío; y se asegura que se ha retirado al campo para evitar la vista de las gentes. Desde que habita en el palacio no ha disparado un solo tiro; pocas veces sale de su gabinete donde se entretiene en leer los libros y

didada para tranquilidad del país y provecho de los mismos a quienes falsamente se halagaba entregándoles las armas. Esto le da poner a ciudadanos pacíficos en compromisos graves arrojándolos en los momentos en que era grande la efervescencia de las pasiones, en que podían creer que tenían agravios que vengar, en que aun sangraban las heridas de la revolución, estaban vivos los odios y podía haber nuevo derramamiento de sangre, siempre leal y noble por ser española. Era inoportuna la medida de entregárselas las armas no para gloria y felicidad de España, sino para servir a miras que no puedo ni me atrevo a calificar.

Examina el orador el decreto por el cual se devolvían las gracias, honores y condecoraciones concedidas por el gobierno del ex-reyente hasta su salida de España, y dice, que si bien al principio hubiera deseado su triunfo para que una vez saliera victorioso el gobierno legítimo, después que vió el aspecto imponente del país, consideró como funesta la victoria que antes hubiera apetecido porque habría sido reacción. Califica por último dicho decreto, no como medida de orden sino de revolución; pues tenía por objeto introducir en el ejército nuevas rivalidades, excitar ambiciones que estaban ya apagadas, escandalizar al país haciéndole creer que todo era legítimo y bueno, y otras miras que no se atreva a manifestar por no estar bien declaradas; luego continúa.

Véase por estos precedentes si teníamos justicia para sospechar, que en el consejo de ministros se abrigaban deseos de destruir todo lo hecho por la revolución pasada, de organizar el país revolucionariamente. En esto circuló la voz de que en la noche del 28 de noviembre se había verificado un atentado contra la Persona de S. M.

Lee el orador el acta sobre este suceso: luego prosigue. Se presentó a S. M. un decreto de disolución de Cortes que se decía acordado en consejo de ministros, que no tenía fecha y que no se sabía cuándo había de tener efecto. Probada está la inexactitud de que este decreto estuviera acordado en consejo de ministros: los Sres. Serrano y Frias no tenían de él la menor noticia; los Sres. Latorre y Cantero dicen que aun cuando se había hablado de este asunto, nada se había acordado definitivamente. Este decreto no tenía fecha, y de consiguiente el documento es falso, pues poniendo la fecha dos o tres días después de acordado, es claro que se dice una falsedad. Había además otra falta grave que me atrevo a llamar delito, pues para expedir este decreto debió presentarse ante S. M. el consejo de ministros por lo trascendental de la medida y ser una de las principales prerogativas de la corona la disolución de las Cortes; pues de lo contrario habría que suponer que los ministros son superiores a los cuerpos colegisladores.

Analiza el orador las facultades constitucionales de los ministros, y dice que al dictar un decreto de disolución de Cortes no ejercen los ministros mas funciones que las de secretarios del monarca.

Hablando del hecho principal, examina el acta y dice que de ella no resulta que S. M. haya declarado que se ejerciera por el Sr. Olózaga cerca de S. M. la violencia de un saltador de caminos o de un asesino, sino un género de violencia que contra S. M. es un gravísimo desacato.

Rebatiendo las razones emitidas por el Sr. Olózaga en su defensa, dice, que en la noche del 23 había manifestado el Sr. Olózaga a persona respetable al entrar al despacho, que este era corto; que no obstante había permanecido con S. M. tres cuartos de hora y no uno como había dicho S. S.; que podía no haber apelado a la persuasión, porque la naturaleza de un decreto no acordado en consejo de ministros, sin fecha y sin determinar la época de su aplicación, argüía mucha urgencia, y no tendría S. S. el ánimo tranquilo; que entre la habitación de S. M. y el cuartito de los gentiles-hombres hay una espaciosa cámara, por lo que no es extraño que nada se oyese fuera, mucho menos habiéndose explicado cuál era el género de violencia de que se hablaba en el acta; que el no haber adoptado medidas prontas a consecuencia del atentado, había consistido en que una persona allegada a S. M., y a la que el Sr. Olózaga había dirigido amargos recriminaciones, no estuvo en Palacio aquella noche, ni a la mañana siguiente hasta las once y media por haberla detenido en su casa persona muy cercana al Sr. Olózaga; que desde aquella hora se buscó al Sr. Presidente del Congreso aunque no se le encontró hasta más tarde. Refiere los por menores que a esto siguieron, y dice que si cuando se hallaba cerca de S. M. el Sr. Presidente y los vice-presidentes del Congreso se hubiera permitido allí la entrada al Sr. Olózaga, se hubiera cometido un nuevo desacato hacia la augusta Persona de la Reina; luego continúa:

—Pues, qué, señores, se quería poner frente a frente a un hombre acostumbrado a las arterias y amanos de la corte con una niña de 15 años? ¿quién duda de la persona que sería vencida en esa lucha? ¿quién duda que las armas del talento y del ingenio del Sr. Olózaga se emplearían, no para refrescar la memoria de S. M. que no necesitaba refrescarse, sino para envolver con conversaciones diversas el ánimo inocente de nuestra adorada Reina? Se hubiera intentado hacerla incurrir en contradicción para usar luego de esa contradicción como un argumento contra la veracidad de lo dicho por S. M. Y debían aconsejarle los leales que la rodeaban que consistiese en ese caso, que no tiene otro nombre en nuestras leyes, y que en vano buscan pretextos para escusarlas las personas que hicieron presente tan ridícula demanda? ¿Caeo, y no otra cosa, se le debe llamar; y si nuestras leyes lo condenan como impropio en ciertos casos, ¿cómo había de consentirse, que la majestad del trono se rebajase hasta ese extremo?

Ha presentado S. S. el decreto dado por S. M. anulando el de disolución, y en el cual S. M. dice: que lo había dado a instancias del Sr. Olózaga; y dice S. S. si fue a instancias mías no hubo violencia; y digo yo volviéndole el argumento, si ha sido a instancias tuyas pudo haber violencia; porque la palabra instancia es genérica, y comprenda las instancias que pueden hacerse de todas clases sin elegir la instancia de fuerza. Y sino ¿cómo es posible creer que S. M. quisiera desmentirse así misma? Y advierte el Congreso, que generalmente en decretos de esta clase revoando otros, no se pone a instancias sino a consulta. Y tengo entendido que el señor Olózaga rogaba a sus compañeros en aquella noche que quitasen la palabra instancia y pusiesen otra cualquiera. Y

los periódicos que le envían de París, y a penas ha venido aquí tres o cuatro veces desde hace dos meses. La última vez que le vi estaba tan pálido, que parecía próximo a espirar. A pesar de su exterior hipocrita, no es amado, y bien lo sabe, porque parece que desconfía de todos los que se le acercan; a mi mismo me ha demostrado muchas veces una gran malevolencia sin que yo le haya dado motivos para ello; de modo que temo que al renovar mi arrendamiento me imponga condiciones un poco duras. En fin, a juzgar por las apariencias, el dueño de l'Oserei no es tan feliz como podía esperarse, y sospecho que tiene en su corazón algún pesar oculto que acabará su existencia.

—Pero ella? preguntó vivamente Alfredo; Adelaida... ¿su mujer?... ¿me dejas que tampoco es feliz?

—¿Quién podría contestar a eso? replicó Dionisio sonriendo. ¿Quién puede saber lo que pasa en el corazón de esos demonios de mujeres? Todo lo que puedo decirles, es que la buena señora parece tranquila; sufre con una resignación angelical las rarezas del carácter de su marido; todos sus cuidados parecen concentrados en su hijo. Pero, añadió en un tono diferente, nadie podría, M. Alfredo, daros tantos por menores sobre esto como mi madre, Susana Lambert, que, como sabéis, ha educado a la señorita Adelaida en tiempo del viejo Saint-Chaumont. Casi siempre está en l'Oserei desde la vuelta de nuestro joven amo, y parece que es la confidente de la señorita; lo que sea dicho de paso, no es muy del gusto de Mr. Grandchamp.

—En efecto, dijo Duclerc en tono de reconvencción; madama Lambert era la mejor amiga de Adelaida; recuerdo que me lo habían ocultado nuestros proyectos, que parecía aprobar; y sin embargo ella no se ha acordado de mí, cuando una palabra de su boca podía haber impedido que Adelaida...

por qué, si aquella noche creía que la palabra instancia le acriminaba, hoy funda en esa misma palabra la mayor parte de su defensa? En el ministerio de la Guerra obra, según entiendo, la correspondencia del Sr. Olózaga sobre este mismo con algunos de los ministros; y en último caso, grave responsabilidad sería la que el Sr. Olózaga impone a sus compañeros de ministerio, que tan generosamente se portaron con él; y considere bien S. S. que si el decreto de revocación del que había arrancado a S. M. fuese una prueba contra su solemne palabra, gravitaria inmensa responsabilidad sobre el ministro que lo ha firmado con la sana y noble intención de favorecer al Sr. Olózaga.

El general Serrano podrá en la continuación del debate pendiente, decir si son verdaderos los hechos que asegura; podrá decir, si es cierto que la correspondencia citada existe, y si es cierto también que al mismo tiempo que S. M. firmaba esos decretos, refería a los ministros lo que le había pasado en la noche del 28; y entonces S. M. estaba sola, y era libre como dice el Sr. Olózaga, y entonces se debía llevar de la generosidad, de la benignidad de su noble corazón. Preciso será, que para impugnar el Sr. Olózaga estas palabras, niegue todo cuanto dijo en el día pasado, relativo a esa circunstancia.

Gravísimos inconvenientes tienen sin duda estos sucesos: males sin cuento podrán traer al país que nuestros reyes acostumbraran a suponer que habían hecho por la violencia, lo que por su voluntad habían hecho; pero este argumento no se puede dirigir contra Doña Isabel II.

S. M. no revocó un decreto solamente publicado; sino que inmediatamente que la persona que la obligaba se hallaba fuera de la real cámara o al día siguiente, refirió la violencia de que había sido víctima, hablando con la verdad y la sinceridad de una niña de 15 años; no con la maestría y el disimulo que en tiempos pasados usaron otros reyes para suponer que habían sido violentados; no se quiera hacer reflexionar sobre una niña inocente la falta que en otros tiempos cometieron hombres avezados a las intrigas de la política. Pues bien, si es indispensable creer a la inocencia, si ha habido violencia y coacción ¿deberá S. M. guardar silencio, o pedir el castigo del culpable? Pero no es necesario que S. M. lo pida; que no faltan diputados honrados y leales que pidan que se exija la responsabilidad al ministro que así faltó a sus deberes, comprometiendo el trono (rumores en las tribunas). Me es igual que las tribunas me aplaudan o me vituperen; nada me importan esas demostraciones, y ningún caso hago de ellas cuando estoy cumpliendo con mi deber. Continúa.

(El orador hace en seguida ver los graves inconvenientes que se seguirían de adoptarse la doctrina absurda de que el dicho de una Reina no tiene valor alguno; y el desdoro en que caería la grande y santa institución del trono si tales teorías prevaleciesen. Luego continúa en estos términos):

Decía ayer el Sr. Cortina, usando de su singular lógica, que la Reina debería presentarse, enablada la acusación, haciendo el papel de acusador, o de testigo. Si esta doctrina se admitiese, la Reina sería juzgada por los delitos que pudiera cometer; doctrina que indudablemente escandalizaría al país, porque de ella se deduciría, que la Persona de la Reina no era sagrada: citó en seguida el Sr. Cortina una ley de partida, que debería antes de leerla, haberla comparado con otras leyes del mismo código y se hubiera convenido, que la cita no era muy oportuna; pues examinadas sin prevención las leyes de partida, se encuentra, que la palabra del rey siempre en causa agena o propia es sagrada, y no puede ponerse en duda.

Véase además lo que dice la ley 17, título 15, parte segunda (lee). Pues si la palabra de una persona particular ya que no haya prueba hace presunción para proceder en juicio, ¿no servirá la palabra de S. M. para que el Congreso proceda en este asunto a presentar la acusación? ¿si una persona, por pobre y por insignificante que se la suponga, se presenta a un juez diciéndole que la han ofendido, que la han ultrajado, ¿no procederá ese juez a la formación de una sumaria? Pues si esto se hace en un acontecimiento común ¿cómo no lo haríamos nosotros ahora tratándose de un acontecimiento tan grave y que concierne a una Reina?

Otro de los argumentos del Sr. Cortina es, que el acta presentada por el señor ministro de Estado no podía dar lugar a ulteriores procedimientos, fundándose, en que el acta no ha venido aquí de orden de S. M., siendo responsable el ministro de haberla traído al Congreso. Convento en que es responsable el ministro de haber traído aquí ese acta, como es responsable de todo lo que hace; pero no convento en que porque el acta no haya venido de orden de S. M., nosotros no podamos fundar en ella todas las acusaciones que en nuestra lealtad creamos convenientes. Sin embargo, yo diré, que en el mero hecho de haberse verificado tan solemnemente el acto de la declaración, está implícita la voluntad de S. M. de que se diera publicidad a semejante acontecimiento.

Cuando no se quiere que una cosa se sepa, no se manda archivar; pues de lo que se archiva pueden sacarse copias cuando convenga; no se manda, repito, archivar una cosa que se quiere que no se sepa: en tal caso lo que se manda es sellarlo.

Concluyo, pues, señores: He manifestado en cuanto a mis opiniones, que defendiendo la doctrina contraria a toda reacción; en cuanto al objeto principal del debate, he presentado la declaración de S. M. contestando a los argumentos del señor Olózaga, y examinando y contestando también los del señor Cortina.

Restame ahora solo hacer ligeras observaciones para probar que debe tomarse en consideración la proposición de acusación presentada. El hecho merece examinarse, por mas de un concepto: si el hecho es resultado de una trama oculta para preparar una reacción, necesario es examinarlo, para ver lo que hay de cierto o de dudoso; y si el hecho es tal como se refiere, nosotros debemos desagraviar a S. M. de ese desacato; pues no procederíamos como diputados españoles, si no presentásemos la acusación. Para que se averigüe la verdad, la hemos presentado; y para que el trono de Isabel II se mantenga con todo el brillo y esplendor que debe estar conforme a la Constitución de 1837.

Hay además una proposición del Sr. Olózaga, para que se entable la acusación; S. S. no podrá apoyarla, pero fal-

medo de nuestras grandes desgracias; pero en aquel día vertió lágrimas amargas, durante muchos días no pudo moderar su dolor; si bien siempre he pensado que tenía motivos secretos para sentir lo ocurrido... Si, si, Mr. Alfredo, podéis acusar de vuestra desgracia a Mr. Grandchamp, a la señorita de Saint-Chaumont, al diablo si queréis; pero ¡caramba! no penséis mal de la Buena mujer.

Estas palabras las pronunció con una vehemencia que sacó al forastero de su meditación, y tendió la mano a Dionisio sonriendo. Este la tomó sin rencor, y al cabo de algunos momentos continuó en tono más alegre:

—¡Ola! M. Alfredo, dijo, debéis estar contento de mí, me habeis hecho charlar todo cuanto sé. Pero me diréis en cambio lo que pensáis hacer, ahora que ya no tenéis esperanzas?

—¿Lo que pienso hacer? replicó el joven con abatimiento. ¿Lo se yo acaso? Tan luego como supie a mi ilegala el cambio que había ocurrido en mi ausencia, me arranqué de los brazos de mi familia, y sin tener en cuenta las simpatías de mi padre, ni las lágrimas de mi pobre madre, monté a caballo y vine aquí sin otro pensamiento que acercarme a ella, que ver los lugares en que habitaba, y asegurarme por mi mismo de la realidad de mi desgracia... Y sin embargo, Dionisio, en la turbación de mi ánimo, me quedé aun un deseo, el de verla; el de hablarla; y aunque solo sea por un minuto, por un instante, para reconvenir por su perjuicio, para aniquilarla con mi desprecio o quizás compadecerme de ella, perdonarla y despedirme de ella para siempre.

El honrado labrador, que no estaba acostumbrado a estas expresiones desordenadas de una pasión desesperada, se encontró de hombres mirando a su interlocutor.

—Caramba! camarada, le dijo, cuántas cosas quierais sin parecer querer nada! Ahora bien; ¿cómo quierais conseguir vuestro deseo? ¿Que quierais con lamentación de un mal sin remedio? Vaya, continuó con el tono de franqueza que le era tan propio, ¿quierais seguir mi consejo? no vayáis al palacio ni veáis a nadie. Os quedareis aquí tres o cuatro días comiendo pollos y bebiendo cidra conmigo, cazaremos desde por la mañana hasta la noche a pelo y a pluma; ya sabéis que yo conozco los buenos lugares. Después, cuando os canseis de esta vida, montareis a caballo, me dareis un apretón de mano... y eso es todo. Vamos, es cómoda?

lariamos a nuestros deberes sino aproba scmos su proposición. Nosotros, al aprobar y tomar en consideración esta proposición, no queremos ejercer ningún género de violencia alguna a que haya lugar el argumento que espuso, diciendo que no hacían las revoluciones los que las provocaban en las calles, sino los que les hacían injusticia. Nosotros solo justas revoluciones se hacen con las peroraciones imprudentes, con mucho de lo que aquí se dice, y con los mandatos que parten de aquí para algunos puntos.

Tengan, por último, presente los señores diputados, que no se trata de resolver aquí definitivamente la cuestión, sino de tomarla en consideración, para que tengamos luz, para ilustrarnos; en lo cual, como dijo ayer el Sr. Cortina, no habrá dificultad en que los datos se presenten.

En la entablación del juicio puede seguirse cualquiera de los caminos que se presentan, que en verdad no son muchos. Podrá mandarse que el acusador sea el mismo que examine y prepare las pruebas, o podrá, acomodándose a las prácticas de otros países, mandarse que el acusador examine las pruebas antes de entablarse la acusación: de este modo estará resuelta la cuestión. En el reglamento y en la ley adicional a la Constitución, tenemos los demás trámites. No se arredre, pues, el Congreso, ni por lo importante de la cuestión, ni por los trámites; cumplamos lealmente con nuestro deber; tengamos presentes todos los datos, y el Congreso fallará, como siempre, con arreglo a su conciencia.

El Sr. OLOZAGA: Suplicaría al Sr. Presidente consultara al Congreso si en atención a la situación especial en que me encuentro, me permitiera decir pocas palabras.

El Sr. PRESIDENTE: No puedo permitirlo: 1.º porque el Sr. Olózaga no debía asistir a esta discusión y 2.º, porque es contra reglamento.

Se leen los artículos del reglamento.

El Sr. OLOZAGA: Desearia consultara S. S. al Congreso por si gustaba oír algunas explicaciones (algunos diputados dicen que no, por lo bajo) Yo bien sé que no se quiere, y sé por que no.

Se hace la pregunta de si se toma en consideración la proposición de ley del Sr. Posada.

Suficiente número de señores diputados piden que sea nominal.

Así se verifica, y resulta tomada en consideración por 81 votos contra 66, en la forma siguiente:

Señores que dijeron si:

Roca.	Salamanca.	Amblart.
Nocedal.	Gonzalez Nandin.	Llorente.
Salido.	Zaragoza.	Moron.
Elise.	Rey.	M. de la Rosa.
Burgos.	Diaz Cid.	Cerrajería.
Lopez Grado.	Montevirgen.	Churrucá.
Castillo.	Vilches.	Lizarzaburu.
Tames.	La Fuente.	Azpizco.
Escosura.	Ortega.	Casa-Irujo.
Ros de Olano.	Carriquiri.	S. Toscano.
Posada.	Castro.	Cotener.
Pastor Diaz.	Lopez Vazquez.	Concha.
Albrantes.	Robles.	Alvear.
Armero.	Abrial.	Leal.
Bravo Murillo.	Calderon C.	Rivaherrera.
Donoso.	Cezar.	Pita.
Negrete.	Cabanillas.	Castilla.
Balazote.	Isturiz.	Quinto.
Irabien.	Bahamonde.	Alva.
Cascasares.	Caneja.	Cuadra.
Torres Cabrera.	Baibueno.	Medialdea.
Carrasco.	Malvar.	Ariza.
Lopez Ballesteros.	Salvador.	Romero Giner.
Vilagarcía.	Salva.	Sabatier.
Mon.	Pratoli.	Sr. Presidente.
Barrio Ayuso.	Pitarque.	
Sartorius.	Olivan.	
Ortiz de Taranco.	Moyano.	Total 81.

Señores que dijeron no:

Las Navas.	Nañez.	Riaza.
Madoz (D. E.)	Paz Garcia.	Cano.
Muntadas.	Ayllon.	Gonzalez Alegre.
Madoz (D. P.)	Lopez (J. M.)	Lobit.
Corradi.	Caballero.	Herrero Lopez.
Diarra.	Canizares.	Rodriguez Vera.
Aguirre.	Andrade.	Gonzalez.
Ojebero.	Mendez Vigo.	Norato.
Diez Quijada.	Moreno Lopez.	Ibars.
Calle.	Alcon.	Ayguales de Izo.
Bernabeu.	Cortina.	Calvo y Mateo.
Bazan.	Burriel.	Benedicto.
Velo.	Garnica.	Arenal.
Galvez Cañero.	Sanchez Silva.	G. y Manrique.
Prat.	Montalban.	Izquierdo.
Laserria.	S. de la Fuente.	Ois y Garcia.
Garrido.	Alvarez.	Moras.
Llanos.	Sanlana.	Verdú y Perez.
Alonso (D. J. B.)	Solis.	España.
Gomez Sancho.	Abad.	Ramirez Arcas.
Taboerniga.	Collantes (D. L.)	
Crooke.	Arquiga.	Total 66.
Algarra.	Collantes (D. A.)	

Pasa a las secciones.

CONTINUA EL ESPEDIENTE.

El Congreso oyó con agrado una felicitación del ayuntamiento de Cáceres, sobre la declaración de mayoría.

Queda sobre la mesa un dictamen de la comisión de actas.

Se toma en consideración un proyecto de ley del Sr. Ballesteros, cuya lectura estaba autorizada por las secciones, sobre «que los pagos de venta de bienes nacionales puedan realizarse en títulos del 4 y 5 por 100 indistintamente».

Pasa a las secciones para el nombramiento de comisión.

—Mi querido Dionisio, contestó Alfredo con tristeza, aceptar con mucho gusto vuestra invitación; pero temo que mi presencia en la quinta no os cause embarazo y sobre todo os proporcione el odio de nuestro amo. La desgracia es contagiosa.

—Decís eso a causa del arrendamiento que va a renovarse, replicó Lambert rasándose una oreja con aire indeciso. Pero, ¡quién! hay muy pocos criados aquí que os hayan visto, y además estáis tan variado, que nadie os reconocerá. Vamos, es cosa conveniente; os quedáis; ¡cómo vamos a olvidarnos! Os confesare en confianza, Mr. Duclerc, que algunas veces me aburre aquí solo, y que la presencia de un compañero, buen cazador como vos, es para mí una fortuna. Vamos, vamos, dejad esa cara de funeral; estad alegre, y hablad como otras veces. No quiero ver gente triste en mi casa; Mr. Alfredo, es menester ser razonable.

Duclerc contestó moviendo la cabeza; y el buen hombre, que sin duda no había agotado toda su retórica de consejos, iba a continuar en el mismo tono, cuando Luisa la cocinera abrió de repente la puerta, y dijo a media voz:

—Amo, la Buena mujer acaba de entrar... y parece muy triste esta noche.

—¡Mi madre! exclamó Dionisio, ocultando precipitadamente su pipa; ¡dile que venga aquí un momento...! ¡Pero diablo! ¡yo que me había olvidado de que me ha prohibido fumar en esta habitación, porque el humo echó a perder las yerbas medicinales!

Y al mismo tiempo se puso a desvanecer el humo con su gorra de púas, con la misma sencilla inquietud que un muchacho que teme ser sorprendido en fragante delito de desobediencia. Aun estaba ocupado en esto, cuando madama Lambert entró; Dionisio se adelantó a su encuentro para prevenir las reconvencciones que la esperaban, pero pronto conoció en el aspecto grave de su madre que no había observado su falta. Tal era el estado de estupor en que estaba, que no se apercibió de la presencia de Alfredo que se había levantado corrientemente y que permanecía de pie.

—Buenas noches, Dionisio, dijo con voz dulce y triste, que hizo estremecer al robusto labrador: he vuelto muy tarde, y sin embargo, hubiera querido retardar mas aun el pesar que voy a causarle.

Lambert la miró con inquietud; pero su madre sin levantar los ojos, se dejó caer sobre una silla, lanzando un profundo suspiro.







de haberle quitado el sable y pagándole con él, le rompieron el parte, a consecuencia de lo cual se ha mandado que estos sean llevados por cuatro soldados y un cabo.

Hoy ha tenido lugar la función dispuesta por el claustró de señores doctores en solemnidad de la mayoría de su Reina, cuyo acto ha estado concurridísimo, tanto de señoras como de las autoridades de la capital y personas notables.

Un inmenso pueblo y los estudiantes en masa llenaban el salón llamado general, que es bastante espacioso; profiriendo entusiastas vivas a la Reina y a la Constitución. El acto empezó por un brillante discurso de D. Juan de Dios Rada, doctor de medicina; en seguida se sortearon entre los diferentes cursos sus obras respectivas, y después por los doctores en jurisprudencia Castro y Orozco, Jimenez, Serrano y Auriol; se leyeron varios análogos al objeto, sobresaliente mérito, siendo difícil de expresar el entusiasmo que causaron en la concurrencia los del Sr. Castro, el que tiene que añadir un nuevo triunfo a los muchos que tiene cojidos en la carrera literaria.

A continuación se pidió por los estudiantes el pasear por la población el retrato de su Reina, lo que los fue concedido por el Sr. Rector, con afluencia de los Sres. capitán general y segundo cabo, que no se desdijeron de asistir a tan lucido festejo. Efectivamente; el retrato fue llevado por dos señores doctores, precedidos de varias músicas: todo el claustró iba de gala; todos los estudiantes que existen en la capital, y un inmenso pueblo que voluntariamente se agregó. Los estudiantes empezaron a decir entre sí, que no era bien visto que S. M., siendo hermosa y joven, fuese sola, y que era necesario la acompañase su madre, la inmortál Cristina; y su retrato fue también paseado por los estudiantes, siendo victoreada con entusiasmo, a la par de la libertad, la Constitución e Isabel II. Sin embargo de la concurrencia tan grande que se incorporó, el entusiasmo de los estudiantes y de todo el pueblo, no ha ocurrido ningún hecho desagradable, ni profiridos ningún mala ni palabra ofensiva; habiendo también los granadinos contribuido a la brillantez de la función colgando voluntariamente sus casas, y habiendo reinado una fraternidad envidiable entre los oficiales de la guarnición y demás concurrentes. Se me olvidaba decir a Vds. que entre los vivos hubo un recuerdo a la memoria del ilustre general Leon, habiéndose visto en la calle de Elvira el retrato del primero. Hemos tenido un día de placer, al ver que el verdadero pueblo ama a su Reina con un entusiasmo indescriptible.

## Noticias de Cataluña.

FIGUERAS 2 de diciembre.

(De nuestro corresponsal.)

Ayer noche tuvimos el gusto de ver entrar en esta villa al Excmo. Sr. capitán general con su brillante estado mayor, acompañado del Sr. conde de Reus; que salió a recibirle a una larga distancia de la población. Su presencia ha animado a los habitantes de este país, porque esperan ver más actividad que la que hasta ahora se ha experimentado; y esta mañana ha dirigido una comunicación a los rebeldes de la plaza, que ha sido admitida, y aunque no se ha dicho que hayan contestado todavía, se ha notado que no han hecho ni un solo disparo sin embargo de haber entrado y salido de la villa varias partidas de tropa, cosa que nunca acostumbraban.

A pesar de la vigilancia que hay en el castillo para que se ignore el verdadero estado de la nación, empezaron ya a decaer los ánimos, y todos los días se presentan desertores a nuestras tropas.

Dícese que el Sr. conde de Reus saldrá pronto para esa corte a sentarse en los escaños del Congreso, cuyo nombre figura al frente de la candidatura de esta provincia.

GERONA 2 de noviembre.

(Del Postillon.)

Ayer noche llegó a esta ciudad el Excmo. Sr. capitán general del principado, D. Laureano Sanz, acompañado del jefe de E. M. D. Antonio Lasauca y de una compañía de guías. Hoy a las nueve de la mañana ha partido con dirección a Figueras, ignorándose absolutamente el objeto de su venida, que algunos conjeturaron tener relación con los sublevados que todavía existen encerrados en el castillo de San Fernando.

Hoy se ha celebrado el primer día de la proclamación de nuestra Soberana Doña Isabel II con la solemnidad anunciada en el programa, y continúan sin interrupción las fiestas y regocijos.

BARCELONA 4 de diciembre.

(De nuestro corresponsal.)

La noticia de la dimisión del general Serrano y de la próxima disolución de las Cortes, nos tienen en un estado de inquietud y alarma indescriptibles. Uniendo esto al decreto de revalidación de las gracias concedidas por Espartero, vemos que se camina a pasos agigantados a una reacción española. Cual sea el efecto que esto haya producido en las filas de nuestro valiente y leal ejército, cual el que ha causado en cuantos hemos comprometido nuestras vidas y fortunas en la situación creada por el alzamiento nacional, Vds. pueden imaginárselo.

Han terminado las fiestas en celebración de la jura de S. M. la Reina: fiestas en las que Barcelona, a penas salida de los horrores de una revolución, ha querido dar una muestra más de sus sentimientos de amor y respeto al trono augusto de la escelsa Isabel.

Mañana comienzan aquí las elecciones para diputados y senadores a Cortes, que se harán con el mas completo orden, pues este está asegurado en Barcelona, y en las que triunfarán los que defienden la causa de la Reina, de la libertad y del país.

Nuestro dignísimo ayuntamiento, fiel intérprete de los sentimientos del pueblo de Barcelona, ha dirigido a S. M. la felicitación siguiente:

SEÑORA:

La ciudad de Barcelona aprovecha los primeros momentos en que ha salido de una situación lamentable, para expresar de nuevo por boca de su ayuntamiento provisional los sentimientos de lealtad y de amor a vuestra real Persona, que a pesar de todos los acontecimientos, no han podido extinguirse no solo instantáneamente en la inmensa mayoría de estos habitantes. No pocos de ellos habían derramado su sangre, y todos en general tenían hechos grandes sacrificios para el sostenimiento de la corona en las angustias sienas de V. M.; y mal podían olvidarse de una causa que tan decididamente habían defendido, en los días precisos en que acaba de completar su triunfo.

Fuerzas extrañas a esta capital, importadas en nuestras plazas y calles, por causas que el ayuntamiento no espesará y que son notorias, hallándose luego bajo la dirección de personas que Barcelona no ha visto hacer, hicieron callar ante todo la imprenta que no estuviese a su favor, cerraron la puerta a cualquiera elección que no fuese verificada por los que estaban armados, ahogaron la voz vecinal de nuestros barrios, y llamando en su auxilio los elementos de combustión que están siempre hacinados en todas las poblaciones populosas del mundo, crearon una situación local la mas anómala, que sostuvieron posteriormente, privando aun a los mismos que lograron fascinar, de noticias exactas del verdadero estado de todas las provincias, poniendo las armas en manos de miserables que buscaban en ellas un estipendio para salvarse del hambre, valiéndose de los que se hallan en constante descontento de todas las situaciones y de todos los gobiernos, alentando las esperanzas de los que viven en nuestros tiempos en continuas ilusiones políticas, y apelando por fin, hasta a la ayuda de algunos criminales, de los que comparan con su adhesión a cualquier bandera el romper las cadenas de los presidios.

Un estado tal, Señora, lo dominó todo en Barcelona de un modo irresistible: solo quedó libre un recinto sagrado; y este fue para la Constitución le 1837 y para V. M. Este fue el de la conciencia y del corazón de los fieles barceloneses, en donde no era posible penetrar.

Reciba, pues, ahora V. M. una felicitación tan pura en su origen como la de todos los demás pueblos españoles, por haber entrado en el alto ejercicio de la autoridad real, con tantas muestras inequívocas de la voluntad de todos sus súbditos y con tan fundados presentimientos de que el esplendor, la dignidad y la elevada protección del trono, dando nueva vida a todas las instituciones, aseguren para siempre la ley

fundamental de la monarquía, el trono de V. M. y la unión, la prosperidad y paz de la nación entera.

Entonces, Señora, se considerará feliz Barcelona. A tan glorioso término aspiran en mayo y junio su poderosa decisión e influencia al grito español que ha salvado al país y a la Reina; y para sostenerlo están prontos, como en otras épocas de prueba, a concurrir con toda clase de esfuerzos, que considerarán todavía mas suaves, mas gratos y mas debidos, haciéndolos ahora bajo un reinado como el que acaba de inaugurar V. M.

Barcelona 25 de noviembre de 1845.—Señora, A. L. R. P. de V. M.—Los alcaldes, José Bertran y Ros.—Baltasar de Eixalá.—Juan Nadal.—Regidores, Rafael Maria de Duran.—El baron de Maida.—Francisco Fradera.—Cayetano Lopez de Acebedo.—José Prat.—Francisco de Asis Soler.—Buenaventura Vives.—Juan Clarós de Ferran.—José Boix.—Joaquín Portell.—Rafael Plá y Carreras.—Antonio Martí.—Gines Gausachs.—Estevan Bosch.—Francisco Rivas.—Pedro Martí Corominas.—Jaime Comas.—Narciso Fonolles.—Sindicos, Juan Agell.—Juan Costa.—Francisco Esteve y Tomás.—Por acuerdo de S. E. Ignacio Sanpau, secretario.

## Noticias de Zaragoza.

ZARAGOZA 6 de diciembre.

(De nuestro corresponsal.)

Se han celebrado aquí con magnificencia las fiestas en celebración de la jura de S. M. Doña Isabel II, en las que ha reinado completa tranquilidad a pesar de los conatos repetidos para turbarla.

Los sucesos de esa corte, las excitaciones a la rebelión que han salido de ella, han alentado de tal manera a la pandilla acostumbrada a dominar eternamente este pueblo, que públicamente se anuncian las mas absurdas noticias, las amenazas mas terribles, si por su impotencia no fueran ridiculas también. Los esparteristas no sueñan mas que en una reacción horrible y para ello se valen de todos los medios, por vedados o ilícitos que sean.

Desde ayer se han presentado en esta capital muchos de los oficiales que fueron licenciados por haber tomado parte en la rebelión de Zaragoza, y tambien han vuelto los Chorrizos, los Salas y demás célebres personajes, a quienes fue preciso arrojar de esta población. Afortunadamente si no faltan elementos de trastorno y anarquía en esta ciudad, hay tambien grandes elementos de orden. Su brillante guarnición, la mayoría sensata de sus habitantes, sus autoridades militar, política y municipal se hallan decididas a impedir que la tranquilidad se turbe, y pueden Vds. confiar en que no se alterará.

Nuestro jefe político ha publicado la alocución siguiente: Ciudadanos: Ha llegado a mi noticia de una manera evidente, que se hacen cindir voces de que se intenta proclamar a la Reina absoluta. Tan absurda idea no merecería contestación, si no hubiese yo palpado por mi mismo que toman cuerpo y crece y se difunde. Habeis jurado a la Reina constitucional: como tal rige la monarquía: nadie piensa en el absolutismo, que ademas es una quimera.

No deis, pues, oídos a los que intentan alterar vuestro reposo, porque un trastorno no nos produciría sino nuevas y mas grandes desgracias. La Constitución de 1837, la Reina Doña Isabel II declarada mayor de edad por las Cortes del reino legítimamente constituidas, y el gobierno que emane de estos principios, son el fundamento en que descansa vuestro sosiego y felicidad, y las bases en que se apoya el jefe superior político. Zaragoza 6 de diciembre de 1845.—Mariano Muñoz y Lopez.

## PROCLAMACION Y JURA DE LA MAYORIA DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

CORRIDA 2. Ayer se celebró aquí la proclamación de nuestra Reina, y este acto estuvo solemne y magestuoso: asistieron todas las corporaciones civiles y militares, el ilustre colegio de abogados, el tribunal de comercio, varios consules, la guarnición de la plaza y la milicia nacional con parte de su caballería, todos de gran gala. Los buques de la bahía estaban empavesados, las calles llenas de un inmenso gentío, entre el cual vimos lucir las gracias y elegantes trajes de mil hermosas; y las coladuras de la Real presentaban una lujosa perspectiva, especialmente la del Circo y aduana. En medio de los saludos de todos los fuertes, y de algunos buques mercantes, que eran contestados por los del Ferrol que se oían muy bien, se dieron los vivos que marcaba el programa, y que fueron contestados por todos con una voz clara y distinta.

De noche estuvo el pueblo iluminado, y todos se fijaron en la sencilla iluminación que pusieron algunos oficiales de la milicia nacional en la casa que fue ayuntamiento: en la tienda de la fragata mercante *Pe*; en la hermosa de la casa de correos; en la brillante del consulado; en la vistosa y elegante del Circo, dirigida, según nos han informado, por D. Juan Florez; y en la lujosa de la aduana por D. Pedro Manuel Atocha, a cuyos señores nos permitimos dar el mas completo parabien por su tino y buen gusto.

No menos elegantes eran los adornos que se veían en la casa redacción del *Cincenta* de Galicia.

Nuestro digno capitán general ha dirigido con tan fausto motivo una entusiasta proclama a los valientes de su mando y al pueblo gallego:

## Boletín extranjero.

El 28 del mes anterior la Reina de Inglaterra, el príncipe Alberto y la duquesa de Kent, han ido a visitar a sir Roberto Peel a su residencia de Drayton-Manor.

Mr. Steele ha declarado que acudiría como testigos en el proceso en que se halla complicado con O'Connell, a sir Roberto Peel, sir James Graham, lord Lyndhurst y al duque de Wellington.

Los partidarios del sufragio universal, reunidos en Birmingham, quieren que se nieguen las contribuciones al gobierno, si no accede a su petición. Mr. Crawford aprueba el plan de un meeting de diputados en Londres antes de que se abra el parlamento, para sostener y dirigir la opinion en favor de aquella medida.

El gobierno austriaco ha negociado un empréstito de cincuenta millones de florines con la casa de Rothschild y otras. La negociación se ha hecho a 105, y el interes será de 5 por 100. La deuda austriaca asciende ahora a 2.500.000 florines.

El duque da Anhalt ha llegado a Argel en la noche del 20 al 21 de noviembre, siendo recibido con los honores de costumbre.

El *Mercurio* de Suavia asegura que el Austria va a mediar en la cuestion de Grecia entre la Rusia y las dos potencias de Occidente, apoyándola la Prusia. El *Constitucional* de Paris nada bueno espera de esta confianza en la ilustración del príncipe de Metternich.

Los periódicos de Rio Janeiro de principios de octubre anuncian que el emperador y la emperatriz del Brasil padecían de la escarlatina, aunque se hallaban en la convalecencia, causando inquietud el estado en que se hallaba la princesa Januaria, azacada de la misma enfermedad. Por la Constitución del Brasil, el heredero del trono está obligado a residir en el país, por lo que si muriera la princesa Januaria, la de Joinville tendría que volver al Brasil, en tanto que carezca de heredero el emperador, o renunciara a sus derechos eventuales a aquella corona.

El gobierno provisional de Haiti ha anunciado a la asamblea constituyente, que ha enviado a Inglaterra un agente que trate con algunas compañías de la explotación de las minas y bosques de Haiti, para que tenga el gobierno los recursos de que en el día carece.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

S. M. la REINA y su augusta Hermana la Serenísima Señora Infanta Doña María Luisa Fernanda continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

### MINISTERIO DE LA GOBERNACION DE LA PENINSULA.

Habiendo tenido a bien admitir la renuncia que ha hecho D. Juan Bautista Alonso del cargo de subsecretario del ministerio de la Gobernación de la Península, he venido en nombrar para su reemplazo a D. Patricio de la Escosura, jefe político que ha sido y actual oficial del ministerio de Estado.

Dado en Palacio a 7 de diciembre de 1845.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marques de Peñafloreda.

Conformándose con lo que me habeis propuesto, he venido en declarar cesante a D. Gerónimo Muñoz, jefe político de la provincia de Alicante, confiriendo dicho destino a D. Ramon Ceruti, que lo fue de la de Badajoz.

Dado en Palacio a 7 de diciembre de 1845.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marques de Peñafloreda.

Conformándose con lo que me habeis propuesto, he venido en relevar del cargo de jefe político en comisión de la provincia de Barcelona a D. Joaquín Maximiliano Gbert, declarándole cesante con el haber que le corresponda por clasificación. Al mismo tiempo he tenido a bien nombrar para desempeñar dicho destino al mariscal de campo D. Ricardo Shelly.

Dado en Palacio a 6 de diciembre de 1845.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marques de Peñafloreda.

En consideración a las razones espuestas por D. Miguel Montiel, he tenido a bien admitirle la renuncia que hace del cargo de jefe político en comisión de la provincia de Huelva, nombrando en su lugar a D. Miguel Tenorio.

Dado en Palacio a 7 de diciembre de 1845.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marques de Peñafloreda.

En atención a las razones que me habeis espuesto, he venido en relevar del cargo de jefe político de la provincia de Sevilla a D. Dionisio Echegaray, declarándole cesante con el haber que le corresponda por clasificación. Al mismo tiempo he tenido a bien conferir dicho destino al brigadier D. José Hiezeta.

Dado en Palacio a 7 de diciembre de 1845.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marques de Peñafloreda.

En atención a las razones que me habeis manifestado, he venido en declarar cesante a D. Pedro Lopez Chapi, jefe político de la provincia de Tarragona, nombrando en su reemplazo a D. Antonio Vatlle, decano de la diputación provincial.

Dado en Palacio a 7 de diciembre de 1845.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marques de Peñafloreda.

En atención a los méritos, buenos servicios y demás circunstancias que concurren en D. Antonio Benavides, exdiputado a Cortes por la provincia de Jaen, he venido en nombrarle jefe político de la de Madrid.

Dado en Palacio a 7 de diciembre de 1845.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marques de Peñafloreda.

## PARTE INDIFERENTE.

### Gaceta de provincias.

FELICITACION A S. M. DE LA REAL CAPILLA DE SAN MARCOS, DE LA CIUDAD DE SALAMANCA. Señora, vuestra real capilla de San Marcos, de la ciudad de Salamanca, acude hoy a ofrecer a los pies del trono, la sincera expresión de su júbilo por el fausto acontecimiento que acaban de realizar las Cortes, entregando a V. M. el supremo gobierno de la nación tan grande como digna de ser venturosa. Fieles intérpretes del sentimiento monárquico de vuestro pueblo, nunca con mayor justicia han merecido de él, que al decretar un término a la minoría de su Reina: a esa azarosa minoría, que abriendo la puerta a desconcertadas ambiciones, le ha precipitado mas de una vez en las convulsiones de la muerte; a esa minoría que abandonaba la causa de la religión, y con ella la de la humanidad y verdadera cultura, al impio y loco frenesí de las revueltas. Pero si los individuos de vuestra real capilla celebran, como todo buen español, la nueva era de justicia y orden que acaba de preparar esta medida salvadora del trono y del país; en el concepto de capellanes reales, y cuando ven finalizar con la tutela de V. M. su propio desamparo, encuentran un nuevo y mas dulce motivo para levantar sus corazones al Padre de las misericordias, implorándolas en favor de su augusta patrona; de la meta escelsa de cien reyes, y tierro objeto de las adoraciones públicas. Reina feliz, Señora, y los votos de vuestros capellanes están cumplidos. Ni una sola gota de amargura venga a emponzoñar la existencia del angel en quien han depositado los lales todo un tesoro de esperanzas; y ¡ojalá benigna siempre, reflejada en V. M. la gloria de la primera Isabel, esos mismos pueblos que ayudan hoy a la inocencia empujando el cetro de las Castillas. Salamanca y noviembre 14 de 1845.—Señora, A. L. R. P. de V. M., la real capilla de S. Marcos de Salamanca.

### Gaceta de la capital.

Según anuncian varios periódicos, han llegado a esta corte, sin duda procedentes de los ejércitos de Aragón y Galicia, una sección de artillería y un regimiento de caballería.

El Sr. D. Fernando Madoz, diputado de la izquierda, ha renunciado el cargo de fiscal de la audiencia de Madrid. Esta conducta noble y delicada es digna de elogio.

Con razon se lamentan varios periódicos del escándalo de que se les permitía a los ciegos vender los papeles mas alarmantes. Ayer pregonaban la salida de esta corte de S. M., y otras noticias de esta especie. Esperamos que el digno señor jefe político interino sabrá poner coto a este abuso.

Se ha formado en esta corte una sociedad de abogados del colegio, para litigar y procurar por los clientes que en ella se inscribieren.

En el teatro del Circo se ejecutará el sábado próximo la ópera nueva, *La linda de Chamonix*, en la que se estrenarán dos decoraciones nuevas.

## A última hora.

### CONGRESO.

Estrato de la sesion del día 8 de diciembre.

Las doce y media eran cuando ocupó la presidencia el señor Pidal. Pocos minutos después se abrió la sesión. El banquero en consideración, después de apoyados por sus autores, y pasaron a las secciones para el nombramiento de la comisión que ha de examinarlos. Firmaban el 1.º los señores Alday y Santana, y dice así:

«Artículo único. Se autoriza al gobierno para que desde luego ponga en planta el proyecto de ley de aranceles judiciales, presentado a las Cortes por el Sr. ministro de Gracia y Justicia en 17 de enero de 1842.»

El segundo estaba suscrito por el Sr. Sanchez de la Fuente y otros diputados, concebido en estos términos:

«Artículo único. El estudio de la medicina y cirugía volverá al estado que tenía antes de espelirse el real decreto de 10 de octubre del presente año.»

Antes de conceder el Sr. Presidente la palabra que interrumpió ayer al Sr. Bravo Murillo por ser pasadas las horas de reglamento, hizo que se leyeran las proposiciones incidentales que se habían presentado sobre la mesa, para que el Congreso viera lo complicado que se había puesto el asunto que le ocupa. Leyéronse, en efecto, y entre ellas había dos, pidiendo que se declarase no haber lugar a deliberar sobre la proposición del Sr. Bravo Murillo. La primera de estas era del Sr. Castro y Orozco, y la segunda del Sr. Lopez. El Sr. Presidente creyó, que sin embargo de esto, debía continuar en el uso de la palabra el señor Murillo, con arreglo al art. 39 del reglamento, que previene no puede interrumpirse a ningún diputado mientras esté en el uso de la palabra.

Muchos diputados pidieron la palabra, reclamando la observancia del reglamento, respecto a las proposiciones de no haber lugar a deliberar, que son siempre preferidas. Grande agitación produce esto en la Cámara, pidiendo unos señores diputados la observancia del reglamento como lo entendía el Sr. Presidente, y reclamando otros que se diera preferencia a estas últimas proposiciones. Sobresalen entre las voces las de los Sres. Cortina, Obejero, Lopez, Castro y Orozco, y otras varias. Leyéronse repetidamente, y en medio de la confusión, los artículos del reglamento referentes a este asunto, y varias citas a petición de algunos diputados. En los brazos de la izquierda se notaba mayor efervescencia, manifestándose deseos de que no continuase su discurso el Sr. Bravo Murillo y tuviese lugar la proposición del Sr. Lopez.

El Sr. Presidente sostuvo con la mayor energía la observancia del reglamento, imponiendo silencio a los que en desorden usaban de la palabra. Restablecida al fin tanta calma, continuó el Sr. Murillo su interrumpido discurso.

Entra en el salón el señor presidente del consejo de ministros. Habló el Sr. Bravo Murillo de la conducta poco decorosa del Sr. Olózaga para con S. M. antes de ser ministro. Hiciera la poco generosa que ha tenido con el Congreso, que le ofrecía su apoyo. Concluyó el discurso revalidando las gracias concedidas por el ex-regente, y se hizo cargo con mucho detenimiento de los descargos que el Sr. Olózaga alega en su favor.

Los ministros de Gracia y Justicia y Marina ocupan su banco.

Habiendo manifestado el Sr. Bravo Murillo en su discurso que la España, la Europa y el mundo entero sabrían que en el Congreso había un número de diputados que creían las palabras de S. M. y otros que no, se dieron por resentidos los señores Cortina y Moreno Lopez, pidiendo que se escribieran aquellas palabras. Sin embargo, hechas algunas explicaciones por el Sr. Murillo, se dieron aquellos diputados por satisfechos.

Tomada en consideración la proposición, muchos diputados piden la palabra en distintos sentidos, siendo el primero que la tiene era contra el Sr. Lopez, y en pro el Sr. Martinez de la Rosa.

Suspendida esta discusión anunció el Sr. Madoz una interpeleación al gobierno para que manifestara si estaba dispuesto a observar y hacer observar el art. 7.º de la Constitución, evitando los desvíos que se imponen a varios ciudadanos. Y con esto el Sr. ministro de Gracia y Justicia, que el gobierno estaba resuelto a hacer cumplir en todas sus partes la Constitución.

Aprobado un dictamen de la comisión de actas, admitiendo en el Congreso al Sr. Foll, diputado por Tarragona, se levantó la sesión.

Eran las cuatro y media.

## ESPECTACULOS.

### Teatro del Principe.

A las cuatro y media de la tarde: La comedia en tres actos titulada: EL ASOMBRO DE JEREZ JUANA LA RABICORTONA: intermedio de baile nacional, terminando el espectáculo con un divertido sainete.

A las siete de la noche: El drama en tres actos, cuyo título es: CECILIA LA CIEGUECITA. Termino del baile LA ENCANTADORA. Terminará el espectáculo con la divertida comedia en un acto, titulada: LAS ESPOSAS VENGADAS.

### Teatro de la Cruz.

A las ocho de la noche: la loa a S. M. con el título de LA OLIVA Y EL LAUREL: seguirá la comedia nueva en cuatro actos titulada LAS TRAVESURAS DE JUANA, terminando la función con baile nacional.

### PUNTOS DE SUSCRICION AL HERALDO.

#### EN EL EXTRANJERO.

Londres, Mr. W. Jeffs, Foreign Library 15, Burlington arcade Piccadilly.  
En París, en el cercle litteraire des Salons Valois, Palais Royal, Galerie de Valois, 156.  
En el Havre, casa de Mr. Sebastian Boom.  
En Burdeos, Bureau General des Journaux de Paris et des Departaments, Place de la comédie, Mr. Delpech.  
En Bayona, en la redaccion del *Phare des Pyrénées*.  
En Lisboa, redaccion de *O Correio Portuguez*.  
En Ultramar, en las Administraciones de Correos.

#### EN ESPAÑA.

Madrid, en las oficinas del periódico, calle de San Miguel, nº 23.  
En todas las Administraciones de Correos, y ademas en Alicante..... Casa de D. Juan José Carratalá, del comercio de libros.  
Burgos..... Id. D. Timoteo Arnaiz, id.  
Cádiz..... Id. D. Alejandro Llorente.  
Cuenca..... Id. D. Juan Menéndez.  
Don Benito..... Id. D. Bernardino Galvez Garcia.  
Ferrol..... Id. D. Nicasio Taxonera, del comercio de libros.  
Gibraltar..... Id. D. Ignacio Maria Ramos.  
Huesca..... En la secretaría del Liceo.  
Jerez de la Frontera..... Id. D. José Bueno.  
Lerida..... Id. D. Camilo Boix, D. Tomá Martí.  
Mondragón..... Id. D. Francisco Delgado, administrador de Loterías.  
Ocaña..... Id. D. Vicente Calvillo, administrador de id.  
Pontevedra..... Id. D. Nicolás Francisco del comercio de libros.  
Palencia..... Id. D. Avelino Pastor, id.  
Santiago..... Id. D. Francisco Rey Romero, id.  
Santander..... Id. D. Clemente Maria Riesgo, id.  
Toledo..... Id. D. Vicente Lopez Delgado, id.  
Valladolid..... Id. D. Mariano Rodriguez, id.  
Hernandez del comercio de libros.

MADRID.—Imprenta de El Heraldo

EDITOR RESPONSABLE, C. RAMIREZ.